

# HAMLET

WILLIAM SHAKESPEARE



*WILLIAM SHAKESPEARE*

# *HAMLET*

 Cantaro

# Colección del MIRADOR

Gerente de ediciones: Daniel Arroyo

Correctores: Cecilia E. Biagioli / Amelia Rossi

Jefe del Departamento de Arte y Diseño: Lucas Frontera Schällibaum

Diagramadores: Silvia Ojeda y Marcelo Colombini

Coordinadora de imágenes y archivo: Samanta Méndez Galfaso

Tratamiento de imágenes y documentación: Máximo Giménez, Tania Meyer, Pamela Donnadio

Imagen de tapa: Tony Hutchings

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Los contenidos de las secciones que integran esta obra  
han sido elaborados por Silvia Santana

Traducción: Silvia Santana

Shakespeare, William

Hamlet. - 1a ed. 6a reimp. - Boulogne: Cántaro, 2015  
208 p., 19 x 14 cm (del Mirador)

ISBN 978-950-753-045-6

1. Teatro inglés. I. Título  
CDD 822

© Editorial Puerto de Palos S.A., 2001

Editorial Puerto de Palos S.A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires,  
Argentina.

Internet: [www.puertodepalos.com.ar](http://www.puertodepalos.com.ar)

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina.

ISBN 978-950-753-045-6

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente por ningún medio, tratamiento o procedimiento, ya sea mediante reprografía, fotografía, fotocopia, microfilmación o mimeografía, o cualquier otro sistema mecánico, electrónico, fotoquímico, magnético, informático o electroóptico. Cualquier reproducción no autorizada por los editores viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.



*Puertas de acceso*

## Hamlet

El príncipe Hamlet es, probablemente, el personaje teatral más famoso de todos los tiempos. Aun aquellos que nunca leyeron la obra ni la vieron representada pueden describir con precisión su mirada melancólica posada sobre una calavera y sus ropajes oscuros, signo exterior de su duelo y de su desilusión del mundo. Muchos saben de su encuentro con un fantasma —¡nada menos que el del padre!—, de su indecisión, de su intenso amor por la madre y por cierta jovencita llamada Ofelia quien, por alguna razón, hace pensar en flores, agua y locura. Se tiene una imagen previa que deriva de la tradición y, aliada a ella, una serie de asociaciones. En este sentido, el crítico y director polaco Jan Kott compara a Hamlet con la *Mona Lisa*, de Leonardo da Vinci, de la que nos dice:

*Sabemos que está sonriendo, incluso, antes  
de haber visto el cuadro.*

Y así como la sonrisa de la *Mona Lisa* se ha separado del cuadro y lo precede, la enlutada y conflictiva figura del príncipe Hamlet se ha separado del texto y ha adquirido una existencia independiente.

Ha llegado, ahora, el momento de reunirse con las palabras que dieron vida a este personaje, el momento de confirmar ciertas expectativas, de corregir ciertos errores; el momento de descubrir la imagen que cada uno tendrá de *Hamlet*. O mejor dicho, la primera imagen, ya que *Hamlet*, como todas las obras literarias, no busca lectores, sino relectores. Y, en cada relectura, acompañando nuestro crecimiento, aparecen nuevas facetas, ciertas frases adquieren una resonancia diferente, encontramos la respuesta a una pregunta nunca antes formulada.

Para ayudar en la tarea de esta primera lectura, las puertas de acceso se abren a una serie de datos acerca del autor, de las convenciones teatrales de su tiempo, de los Hamlets que precedieron a éste. Todo contribuirá a enmarcar el texto.

## El fantasma del padre de Hamlet

Hoy nadie duda de que el padre literario de *Hamlet* fue William Shakespeare. Sin embargo, la paternidad de las obras de Shakespeare fue muchas veces discutida. Así, por ejemplo, encontramos una nota que Sigmund Freud, el creador del psicoanálisis, agrega a pie de página a su autobiografía en 1935:

*Ya no creo más que William Shakespeare, actor de Stratford, sea el autor de las obras tanto tiempo a él atribuidas. Desde la publicación del libro Shakespeare identified, de J. T. Looney, estoy casi convencido de que en verdad, detrás de ese pseudónimo se ocultaba Eduardo de Vere, conde de Oxford.*

Freud había estudiado cuidadosamente el personaje de Hamlet para ilustrar algunas de sus tesis innovadoras a principios de este siglo. Volveremos a él más tarde. Pero, por ahora, nos interesa su duda respecto de la identidad del autor, duda que ilustra la de muchas personas cultas de su época.

Fueron numerosas las teorías que atribuían las 37 obras del canon shakesperiano a figuras contemporáneas, como Francis Bacon, William Stanley (Lord Derby), Christopher Marlowe, o incluso a una especie de sindicato de “señores-poetas, todos parientes, todos en estrecha relación con la reina”.

Las hipótesis rondaban en torno de dos ideas: el autor era otro o eran muchos. En nuestros días, ya nadie discute este tema. La fuerte unidad dramática, la homogeneidad estructural y el lenguaje poético fácilmente identificable descartan la posibilidad de una creación colectiva. Los estudios de los eruditos que compararon los textos de Shakespeare con los de otros “candidatos” se vieron reforzados por la ayuda de la cibernética: la computadora del *Claremont Mc Kenna College* de Los Ángeles confirmó la autoría de Shakespeare, después de “leer” y someter las 29.066 palabras del vocabulario a ocho tests distintos.

Resulta interesante, sin embargo, reflexionar acerca de esta vacilación. ¿Por qué se dudaba de que un solo hombre hubiera escrito estas obras? En primer lugar, por su diversidad, pues parece imposible que un hombre haya sido capaz de imaginar un universo de seres tan reales, tan diferentes entre sí, hombres, mujeres, niños y adolescentes envueltos en situaciones tan complejas y tan humanas que superan el desgaste del tiempo y las costumbres. En segundo lugar, por la independencia que estas figuras tienen respecto de su autor. Cobran vida propia, es decir, Shakespeare ha logrado desaparecer detrás de ellas. Esta genial “desaparición” inquietó al mismo Borges. En un relato llamado *Everything and Nothing*, Shakespeare, ante Dios, expresa:

*Yo, que tantos hombres he sido en vano,  
quiero ser uno y yo.*

Borges ensaya una respuesta que pone en labios de Dios al final del texto (si sienten curiosidad, está incluido en *El Hacedor*) y que es la respuesta de un poeta. Aquí intentaremos una mucho más humilde.

## **William Shakespeare, hombre de teatro**

Además de dramaturgo era actor, es decir, una persona siempre dispuesta a meterse en la piel de muchas otras. Y como era empresario teatral, estaba en contacto con todo tipo de personas: pasaba muchas horas de su vida dentro del teatro que, en esa época, albergaba al público más heterogéneo.

Su condición de profesional también le abría las puertas de la Corte: las compañías representaban ante los nobles y ante la reina Isabel I, que adoraba estos espectáculos.

Shakespeare observaba todo, todo lo registraba con la agudeza de su sensibilidad. La intensidad con que logró transformarse en otros hasta desaparecer, no puede ser explicada. Existen aproximaciones como la de Borges, otro hombre extraordinario,

pero el misterio inquietante de un genio no puede ser resuelto.

La hipótesis de que otro hubiera sido el autor se relaciona con la biografía de Shakespeare. En todos los casos, se buscaba un contemporáneo del que se supiera más, sobre todo, en lo referente a su educación. El mito del genio autodidacta que crearon los románticos no servía para explicar la sabiduría y los vastos conocimientos acerca de temas tan distintos, como la política, la astronomía, la historia. En realidad, seguimos sin saber demasiado de la vida de William Shakespeare, que presenta zonas oscuras. En estas zonas oscuras, se oculta seguramente la explicación.

Los datos con los que contamos provienen de documentos legales (como su acta de bautismo en la iglesia de su pueblo natal o su testamento) y referencias más o menos veladas de sus contemporáneos. Estos datos, junto con algunos retratos, reflejan una existencia muy propia del Renacimiento: la de un inglés proveniente de la burguesía que se eleva en lo social gracias a su talento. Sin renunciar nunca a sus raíces pueblerinas, se ve atraído por el brillo de la capital, la ciudad de Londres en plena gloria isabelina. Allí triunfa y se enriquece, para regresar a su tierra en sus años maduros.

### Una biografía en tres “actos”

Toda la vida de William Shakespeare puede dividirse en tres “actos”:

- sus primeros años en Stratford-on-Avon, en el condado de Warwick (entonces, centro rural de cierta importancia y cruce de caminos obligado hacia Londres);
- sus años de actor, dramaturgo y empresario teatral en Londres;
- su retiro en la ciudad natal, donde disfruta de una posición acomodada durante los últimos años de su vida.



Entre el primero y el segundo “acto”, tropezamos con la primera zona oscura: los años de formación que han sido reconstruidos fantasiosamente, alrededor de distintas leyendas. La transición entre el segundo y el tercero no puede ser precisada con exactitud y fue, seguramente, gradual.

Su bautismo está registrado el 25 de abril de 1564. Se desconoce la fecha exacta de su nacimiento que la tradición ha fijado dos días antes, el 23, haciéndola coincidir con la fecha de su muerte, ocurrida 52 años más tarde.

Su padre, John, pertenecía a la burguesía, era comerciante en lanas y cueros, probablemente fabricante de guantes, prenda imprescindible en esos tiempos. El matrimonio con Mary Arden, la madre de William, significó un ascenso social ya que esta joven era hija de un granjero poderoso e influyente. John Shakespeare conoció algunos reveses económicos en su carrera que no le impidieron acceder a cargos públicos en el pueblo ni presentar una solicitud ante el Colegio de Heraldos para obtener un escudo de armas. Este símbolo de estatus social le fue concedido en 1596, con seguridad, gracias al éxito creciente de su hijo William.

El escudo, atravesado por una banda negra en diagonal, representa gráficamente la parte final del apellido: una lanza (*spear*, en inglés) de oro y plata. Está coronado por la imagen de un halcón que sostiene otra lanza y puede verse hoy en la tumba de Shakespeare, en la iglesia parroquial de Stratford.

No hay registro de la educación de William. Debe de haber asistido hasta los quince años a la escuela de gramática del pueblo, donde se enseñaba, entre otras materias, latín y literatura clásica.

El siguiente dato que se registra es su matrimonio en noviembre de 1582 con Anne Hathaway, ocho años mayor que él y, a continuación, en mayo de 1583, el nacimiento de su hija Susana.

Si bien poco después del nacimiento de sus hijos gemelos, Hamnet y Judith (febrero de 1585) pudo haber empezado la carrera profesional que lo lleva a Londres, jamás deja de ocupar-

se de su familia. Es posible que volviera a Stratford en verano, o cuando los teatros se cerraban por la amenaza de la peste.

Éstos son los “años oscuros”, de los que nada se sabe y acerca de los cuales se especula mucho. Shakespeare aparece realizando las tareas más extrañas a un poeta: carnicero o cazador furtivo. Hay quien lo imagina como soldado, haciendo frente a la Armada Invencible de los españoles, trabajando en una imprenta, ejerciendo como maestro de escuela o preceptor, o cuidando de los caballos a la salida de los teatros de Londres a cambio de unas monedas.

Para el segundo “acto” en la vida de Shakespeare, el decorado ha cambiado. La escena se desarrolla en Londres, y William es ahora un joven escritor sin educación universitaria al que no se menciona directamente, pero que despierta la envidia de los “ingenios universitarios”. Por ejemplo, el dramaturgo Robert Greene lo llama “cuervo advenedizo, embellecido con nuestras plumas”; no lo nombra, pero juega con su apellido: lo llama *sacudidor de escenarios* (*shake-scene*). También lo acusa de copiar sus obras —de plagiarlas, diríamos hoy— y, lo que es peor, de hacerlo con éxito.

En la **época isabelina** no existía lo que conocemos como *derechos de autor*. Las compañías compraban las obras, que se convertían en una propiedad más. Eran libretos que podían ser corregidos, alterados con entera libertad. Las obras se publicaban sin supervisión de los autores, muchas veces, en ediciones pirata a partir de la memoria de algún actor. Lo alarmante era, en este caso, la habilidad del nuevo adaptador, el impulso que le daba al drama, un verdadero “sacudón” con el que era difícil competir.

Y así, por un lado actuando y por otro reacondicionando libretos para la escena, comienza la carrera de William Shakespeare en la ciudad de Londres.

A su talento natural, deben sumarse las condiciones propicias que lo acompañaron. Era un momento histórico y social perfecto para su desarrollo. Bajo el reinado de Isabel, hija de Enrique VIII y Ana Bolena, Inglaterra se encuentra en uno de sus

mejores momentos: la economía está en expansión, abierta al Nuevo Mundo; el poder central es fuerte; se ha alcanzado la paz y la uniformidad religiosa; y el pueblo respeta a su soberana.

También, el arte teatral atraviesa un buen momento. El teatro se ha afianzado como institución apoyado por todos. Los actores se han organizado en compañías protegidas y recompensadas, económicamente por los nobles y por la reina que, incluso, ha autorizado la construcción de teatros públicos en terrenos que dependían en forma directa de ella. El primero, llamado simplemente *The Theatre* ('El Teatro') se abre en 1576. En treinta años, se construyeron otros diecisiete, y Londres fue la única capital europea capaz de ofrecer once funciones simultáneas en su cartelera teatral.

Shakespeare tiene, además, la suerte de encontrarse en ese primer paso como adaptador con dramas bien contruidos, probados frente al público y escritos en un lenguaje poético fluido y natural. Puede sacar provecho de la experiencia de los dramaturgos que, desde mediados del siglo, habían estado ensayando nuevas formas de composición del material escénico y perfeccionando sus recursos artísticos. De los trágicos clásicos por imitar, se sabía que el favorito era Séneca<sup>1</sup> que se adaptaba al gusto nativo por lo espectral, por la venganza y el horror, con sus villanos sobrehumanos y sus monólogos reflexivos. Para la comedia, Plauto<sup>2</sup>, con sus juegos de equivocaciones. Y se sumaba la herencia del teatro medieval, especialmente de la Moralidad, especie teatral que tenía como tema central el enfrentamiento del Bien contra el Mal en el alma humana.

Cuando comienza a escribir, el drama inglés ya tenía sus convenciones y sus normas —con las que Shakespeare jugará—, y su instrumento: la alternancia de prosa —para pasajes humorísticos o informativos— y el **verso blanco**<sup>3</sup> —para expresar lo esencial del drama, sus ideas más elevadas y filosóficas.

<sup>1</sup> Séneca: filósofo, orador y trágico hispanolatino (Córdoba, 4 a. C.—Roma, 65 d. C).

<sup>2</sup> Plauto: autor de comedias (Sarsina, Umbría 254 a. C.—Roma, 188 a. C).

<sup>3</sup> Se llama *verso blanco* al pentámetro yámbico sin rima. Consta de cinco pies yámbicos (una sílaba breve seguida de una larga acentuada).

# *Hamlet*



## DRAMATIS PERSONAE

Hamlet

CLAUDIO, rey de Dinamarca

HAMLET, hijo del difunto rey y sobrino del actual

POLONIO, Lord Chambelán

HORACIO, amigo personal de Hamlet

LAERTES, hijo de Polonio y hermano de Ofelia

VOLTIMAND

CORNELIO

ROSENCRANTZ

GUILDENSTERN

OSRIC

UN CABALLERO

UN SACERDOTE

MARCELO

BERNARDO

FRANCISCO, soldado

REINALDO, servidor de Polonio

ACTORES

DOS SEPULTUREROS

FORTINBRÁS, príncipe de Noruega

UN CAPITÁN

EMBAJADORES DE INGLATERRA

GERTRUDIS, reina de Dinamarca y madre de Hamlet.

OFELIA, hija de Polonio y hermana menor de Laertes

CABALLEROS, DAMAS, OFICIALES, MARINEROS,

MENSAJEROS y SIRVIENTES

FANTASMA del padre del príncipe Hamlet

Cortesianos

Oficiales

*La escena transcurre en Dinamarca.*

## ACTO PRIMERO

### ESCENA I

ELSINOR. EXPLANADA DELANTE DEL CASTILLO.

(FRANCISCO, de centinela en su puesto.

Entra BERNARDO, dirigiéndose a él).

BERNARDO.— ¿Quién está allí?

FRANCISCO.— ¡No, contésteme a mí! ¡Deténgase y descubra su identidad!

BERNARDO.— ¡Larga vida al rey!<sup>1</sup>

FRANCISCO.— ¿Bernardo?

BERNARDO.— El mismo.

FRANCISCO.— Llegas muy puntualmente a tu hora.

BERNARDO.— Acaban de dar las doce. Vete a dormir, FRANCISCO.

FRANCISCO.— Muchas gracias por el relevo. Hace un frío cruel, y siento una opresión en el pecho.

BERNARDO.— ¿Has tenido una guardia tranquila?

FRANCISCO.— Ni un ratón se ha movido.

BERNARDO.— Bien, buenas noches. Si encuentras a Horacio y Marcelo, mis compañeros de guardia, diles que se den prisa.

FRANCISCO.— Me parece oírlos. ¡Alto! ¡Eh! ¿Quién está allí?

(Entran HORACIO y MARCELO).

HORACIO.— Amigos de esta tierra.

MARCELO.— Y vasallos del rey de Dinamarca.

FRANCISCO.— Buenas noches.

<sup>1</sup> Contraseña para el cambio de guardia de aquella noche.

MARCELO.— ¡Que te vaya bien, buen soldado! ¿Quién te ha relevado?

FRANCISCO.— Bernardo ocupa mi puesto. ¡Buenas noches!

*(Sale FRANCISCO).*

MARCELO.— ¡Hola! ¡Bernardo!

BERNARDO.— ¿Qué? ¿Está ahí Horacio?

HORACIO.— Un pedazo de él.

BERNARDO.— Bienvenido, Horacio. Bienvenido, querido Marcelo.

MARCELO.— Y qué, ¿ha vuelto a aparecer esa cosa esta noche?

BERNARDO.— Yo no he visto nada.

MARCELO.— Horacio dice que todo es producto de nuestra imaginación, y se rehúsa a dar crédito a esa espantosa visión que hemos tenido ya en dos ocasiones. Por eso le he rogado que nos acompañara en la guardia de esta noche, para que, si vuelve a surgir esta aparición, la confirme y pueda hablarle.

HORACIO.— ¡Tonterías! ¡No aparecerá!

BERNARDO.— Sentémonos un rato, y deja que asaltemos nuevamente tus oídos, tan inexpugnables frente a la narración de lo que hemos presenciado ya dos noches.

HORACIO.— Bien, sentémonos y escuchemos a Bernardo.

BERNARDO.— Anoche, cuando aquella misma estrella que se ve hacia el oeste del polo había seguido su curso hasta iluminar la parte del cielo donde ahora brilla, Marcelo y yo, al escuchar la campana de la una...

MARCELO.— ¡Silencio! ¡Detente! ¡Mira por dónde viene otra vez!

*(Entra el FANTASMA).*

BERNARDO.— ¡La misma figura, como el rey muerto!

MARCELO.— Tú eres un hombre instruido, ¡háblale, Horacio!

BERNARDO.— ¿No se parece en todo al rey? ¡Fíjate, Horacio!

HORACIO.— Se parece, sí. ¡Me desgarran el espanto y el asombro!

BERNARDO.— Quiere que le hablen.

MARCELO.— Interrógalo, Horacio.

HORACIO.— ¿Qué eres tú, que usurpas esta hora de la noche, y esa noble y guerrera apariencia con la que en otro tiempo solía hacer marchar su majestad el rey danés, hoy bajo tierra? ¡En nombre del Cielo te ordeno, habla!

MARCELO.— Se ha ofendido.

BERNARDO.— ¡Miren, se aleja altivo!

HORACIO.— ¡Quédate! ¡Habla! ¡Habla! ¡Te ordeno que hables!

*(Sale el FANTASMA).*

MARCELO.— Se ha ido. No quiere contestar.

BERNARDO.— ¿Qué tal, Horacio? ¡Temblando y pálido! ¿No es esto algo más que fantasías? ¿Qué opinas?

HORACIO.— ¡Juro por Dios que jamás lo hubiera creído sin el aval sensible y fiel de mis propios ojos!

MARCELO.— ¿No se parece al rey?

HORACIO.— ¡Como tú a ti mismo! Ésa era la armadura que llevaba cuando luchó contra el ambicioso rey de Noruega, y así fruncía el ceño en aquella tensa entrevista tras la cual derrotó, sobre el hielo, a los polacos en sus trineos. ¡Es extraño!

MARCELO.— Ya en dos ocasiones, y exactamente a esta hora de silencio mortal, se ha paseado con aire marcial por delante de nuestra guardia.

HORACIO.— No sé qué pensar acerca de esto; pero, en mi humilde opinión, augura alguna extraña conmoción a nuestro Estado.

MARCELO.— Bien, sentémonos, y dígame, el que lo sepa, por qué se fatiga por las noches a los súbditos de este país con guardias tan estrictas y rigurosas, y por qué tanta fundición de cañones de bronce durante el día, tanto acopio de pertrechos de guerra; por qué ese trabajo forzado para construir naves, sin distinguir el domingo del resto de la semana; qué peligro se avecina para que este jadeante apuro haya hecho a la noche compañera de trabajo del día; ¿quién puede explicármelo?

HORACIO.— Yo puedo explicártelo, o, al menos, esto es lo



que se murmura. Nuestro último rey, cuya imagen acaba de aparecérsenos, fue, como saben, desafiado por Fortinbrás de Noruega, a quien aguijoneaba la más celosa envidia. En aquel desafío, nuestro valeroso Hamlet<sup>2</sup> —ésa era la opinión que se tenía de él en esta parte del mundo conocido— dio muerte a Fortinbrás. En virtud de un contrato sellado y plenamente ratificado, según la ley y el fuero de armas, perdía éste, junto con su vida, todas aquellas tierras que le habían pertenecido. Nuestro rey, por otra parte, se había comprometido a entregarle una porción equivalente de territorio, que habría pasado a poder de Fortinbrás en caso de resultar vencedor. Por este expreso convenio y, de acuerdo con los artículos estipulados, recayó todo en Hamlet. Ahora bien, señores, Fortinbrás el joven, ardiendo de coraje, indómito e inexperto, ha ido reclutando aquí y allá, en las fronteras de Noruega, un elenco de aventureros resueltos, por un plato de comida, a alguna empresa que ponga a prueba su coraje, y que no es otra —como ha entendido perfectamente nuestro Gobierno— que la de venir a recobrar, con mano férrea y términos conminatorios, las mencionadas tierras que perdiera su padre. Y éste es, en mi opinión, el motivo fundamental de nuestros preparativos, la causa de estas guardias que venimos haciendo y la principal razón del apuro y la agitación en que se halla nuestra tierra.

BERNARDO.— Pienso que no puede ser más que eso, que bien puede explicar el porqué se aparece, en medio de nuestra guardia, esta figura portentosa, armada, tan semejante al rey que fue y es la causa de estas guerras.

<sup>2</sup> Se refiere al rey muerto, padre del protagonista de la obra.

HORACIO.— ¡Una pequeña partícula que nubla los ojos del entendimiento! En la época más gloriosa y floreciente de Roma, poco antes de caer el poderosísimo Julio<sup>3</sup>, las tumbas quedaron vacías, y los difuntos, envueltos en sus mortajas, vagaban por las calles de Roma, gimiendo y susurrando. Estrellas con colas de fuego, rocío de sangre y desastres solares; y la húmeda estrella<sup>4</sup>, a cuya influencia está sujeto el imperio de Neptuno<sup>5</sup>, empalideció a causa de un eclipse, como si hubiera llegado el día del Juicio Final. Estos mismos anuncios de sucesos tremendos —como heraldos que preceden a la fatalidad o como prólogo de nuevos augurios— son los que cielo y tierra han expresado a nuestro país y a nuestros compatriotas. Pero ¡silencio! ¡Miren! ¡Allí vuelve a aparecer!...

*(Vuelve a entrar el FANTASMA).*

Saldré a su encuentro, aunque me destruya. ¡Detente, fantasma! Si puedes emitir sonidos o usar tu voz, háblame. Si hay alguna buena obra por hacer, que te dé algún alivio y a mí la gracia, háblame. Si conoces el secreto del destino que aguarda a tu país y que, revelado anticipadamente, pueda evitarse, por favor, ¡habla! O si es que en vida depositaste en las entrañas de la tierra tesoros mal adquiridos, por cuya causa, según dicen, los espíritus suelen vagar después de la muerte, ¡cuéntamelo...! ¡Quédate y habla!...

*(Canta el gallo).*

¡Ciérrale el paso, Marcelo!

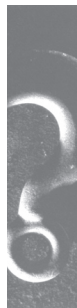
MARCELO.— ¿Le doy con mi partesana<sup>6</sup>?

<sup>3</sup> Se refiere a Julio César. Shakespeare ya había hablado de estos augurios en la obra homónima, escrita poco antes de *Hamlet*.

<sup>4</sup> Se refiere a la Luna.

<sup>5</sup> *Neptuno*: dios del mar para los romanos.

<sup>6</sup> *Partesana*: hacha de guerra.



## ÍNDICE

Literatura para una nueva escuela .....	5
<b><i>Puertas de acceso</i></b> .....	9
Hamlet .....	10
El fantasma del padre de Hamlet .....	11
William Shakespeare, hombre de teatro.....	12
Una biografía en tres “actos”.....	13
Comedias, tragedias, historias y dramas románticos.....	17
Hamlet, Príncipe de Dinamarca.....	20
<b><i>Hamlet</i></b> .....	23
<b><i>Manos a la obra</i></b> .....	159
La construcción de la tragedia .....	160
El punto de partida .....	162
El segundo acto .....	166
El tercer acto .....	167
El cuarto acto .....	172
El quinto acto .....	175
Espacio y tiempo .....	179
El lenguaje .....	180
<b><i>Cuarto de herramientas</i></b> .....	183
Hamlet, el nombre .....	184
La escena isabelina .....	185
El público.....	194
Filmografía de <i>Hamlet</i> .....	194
Obras de Shakespeare .....	204
<b><i>Bibliografía</i></b> .....	205

